

VENTAJAS DE LA IGNORANCIA

José Lázaro

Entre las dificultades que se van agudizando según se facilita el acceso a la información no es una de las menores la de renunciar a saber. “El secreto del aburrimiento es querer decirlo todo”, afirmó en su día Voltaire. Hoy podríamos afirmar que el secreto de muchos fracasos teóricos y prácticos es querer saberlo todo. Hay naufragios que pueden atribuirse a un excesivo cargamento de datos. Hay quien pierde definitivamente el rumbo desorientado por el exceso de información que le impide ver el camino con claridad.

Pero tampoco se puede olvidar que el debate público sobre múltiples conflictos sociales ofrece continuos ejemplos de lo contrario. La catarata de informaciones en los medios de comunicación sobre la reciente polémica del Servicio de Urgencias del Hospital de Leganés es un enésimo ejemplo de una ley que pocas veces falla: cuanto mayor es el desconocimiento y la falta de datos disponibles sobre un tema complejo, más rotundas y enérgicas las tomas de postura en declaraciones públicas. Y lo peor es que esa ley no se aplica sólo a las declaraciones de los políticos (de los que casi nadie espera otra cosa) sino también a las de algunos profesionales respetables.

Viene todo esto a cuento de la última novela de Carme Riera traducida al castellano: *La mitad del alma*.¹ Como suele ocurrir con la buena literatura, su argumento concreto es un excelente medio para reflexionar sobre temas de largo alcance que remiten a campos muy alejados de la narración. El tema sobre el que aquí interesa llamar la atención (entre los muchos que toca la novela) es el deseo y el peligro de saber, el punto de inflexión en que el conocimiento deja de ser beneficioso y empieza a ser dañino.

La historia está narrada, en primera persona, por una escritora catalana. Un 23 de abril, mientras firma sus libros en un stand “que la librería Catalonia instaló en la esquina de Paseo de Gracia con la calle Caspe de Barcelona”, un hombre de aspecto anodino en el que apenas se fija le entrega una tarjeta con sus datos y una carpeta acompañada por la frase: “Le he traído esto porque sé que le va a interesar.” Ella no siente, sin embargo, el menor interés por lo que (supone) será el típico manuscrito de escritor desconocido en busca del reconocimiento de una autora consagrada. En cuanto el espontáneo se da la vuelta, rompe la tarjeta y abandona la carpeta en un rincón. Un empleado de su editorial se la envía a casa, una asistente la coloca entre papeles pendientes de revisar y un día, buscando los escritos de un amigo, la escritora abre por equivocación la carpeta y encuentra dentro una colección de cartas escritas por su madre a un amante francés.

Tras este planteamiento, la novela se convierte en una indagación. Las cartas dan a entender a la narradora que el hombre que socialmente es su padre no lo es biológicamente. Un párrafo de una de ellas indica claramente que el enigmático amante es su verdadero padre.

Si hay algo que estimula el ansia de saber son los enigmas relativos al propio origen. Una revelación inesperada (que se refiere a algo tan importante como la identidad paterna) despierta el de-

seo de saber. Pero han pasado muchos años, se han perdido documentos, muchos testigos han muerto. El recuerdo de la frialdad materna contrasta con la pasión de esas cartas que retornan del pasado. El cuestionamiento de los recuerdos infantiles y de la versión recibida sobre la historia familiar abre un misterio tras otro. La búsqueda de testimonios directos o indirectos es laboriosa y muchas veces frustrante, pero de vez en cuando ofrece un fragmento de verdad. ¿O es una nueva mentira? Sin duda era cierto que los frecuentes viajes de la madre a Francia tenían como finalidad atender al abuelo exiliado. Pero una vez descubierta una segunda finalidad, de carácter pasional, se abre la posibilidad de que exista una tercera, por ejemplo, comercial. E incluso una cuarta, política. Y la militancia política clandestina de una persona con ciertas relaciones sociales supone unos contactos y un manejo de información que pueden ser muy valiosos para el bando contrario. Por eso es tan frecuente la figura del agente doble.

Los testimonios son oscuros, dubitativos, contradictorios. La realidad de los hechos se resiste siempre a ser desvelada, pero cuando han pasado cuarenta años la resistencia puede ser muy dura. Y para una escritora profesional, la tentación de imaginar se puede convertir en un obstáculo a la hora de comprender: “No cabe duda de que la literatura es mucho más coherente que la vida, pero no podía caer en la tentación de hacer literatura. Debía evitar por todos los medios confundir realidad y ficción y por eso intentaba no tomarme demasiado en serio ciertas ocurrencias, que se me pasaban por la cabeza, referentes a Cecilia y a su amante.”

La muerte de la madre, Cecilia, atropellada por una camioneta, ¿fue realmente accidental? ¿O fue quizá consecuencia de un arrebató pasional? ¿O acaso un crimen político? En un momento dado, la escritora afirma: “Para mí la memoria es imprescindible. Sin memoria estamos muertos. La memoria es el alma de las personas y quizá por eso yo ando buscando la mitad de mi alma...” Cuando logra encontrar un testigo que puede aportarle información sobre la muerte de su madre, éste le advierte que lo que tiene que contar no va a gustarle. “Le dije que no se preocupara y que me contara cuanto sabía. No era mucho, matizó, y además no era agradable, volvió a insistir.” Solo el progreso de la indagación permite concebir nuevas sospechas. Sólo él desvelamiento de la verdad permite refutar viejas hipótesis. Y hay hipótesis que al descartarse ayudan a establecer el equilibrio emocional. Pero hay sospechas que al confirmarse provocan dolor donde antes sólo había plácida ignorancia.

Una discusión tradicional en ética médica (pero que puede ser generalizada) se refiere al derecho a no conocer datos dolorosos a angustiantes. Generalmente, este derecho se acepta como simétrico al de la información. Pero hay autores que sostienen que una concepción ética coherente de la autonomía personal es incompatible con ese supuesto derecho a no saber; el sujeto autónomo propio de las sociedades democráticas no sólo tendría derecho a ser informado sobre su situación sino que tendría además el deber de aceptar esa información. Su rechazo supondría una renuncia a la propia condición de sujeto moral autónomo e impediría la correcta toma de decisiones racionales. No habría, por tanto —según estos autores— derecho a no saber. Los profesionales no tendrían por qué hacerse cargo de una responsabilidad que les corresponde a sus clientes.

A la radicalidad de esta postura se le enfrenta el argumento de que hay situaciones en las que es perfectamente legítimo el rechazo de información. Algunas veces el conocimiento de determinados datos puede ser perjudicial y puede dificultar la toma de decisiones racionales y serenas. Por

tanto, la renuncia a la información es, en esos casos, la decisión más racional. En una sociedad libre, cada uno puede (y debe) estimar los riesgos que asume al demandar información y también al rechazarla. Pero el derecho del usuario a no saber es, desde esta perspectiva, una forma más de ejercitar su autonomía personal, que sólo es posible si previamente ha existido una oferta de información explícita y clara por parte del profesional que le atiende. Es decir, la posibilidad de rechazar la información no exime a los profesionales de la obligación de ofrecerla. Y las nuevas posibilidades de obtener datos que están proporcionando los avances actuales de la genética y de la medicina predictiva no dejan de agudizar el debate sobre el derecho a conocer de forma anticipada (o a ignorar de forma deliberada) hechos biológicos que previsiblemente ocurrirán en el futuro.

Pero este clásico debate sobre el derecho del usuario a no saber quizá debería completarse con la consideración, por parte del profesional, de su propia conveniencia de ignorar. ¿En qué momento del análisis los datos adicionales dejan de aclarar la situación y empiezan a oscurecerla? Entre algunos filósofos de la ciencia circula actualmente la idea de que es necesario concebir una “racionalidad acotada” que ponga límites al concepto tradicional de racionalidad optimizadora de la relación entre los medios disponibles y los fines deseados. Se buscaría con ello una mayor flexibilidad y eficacia, seleccionando la información que se maneja y limitando los objetivos que se persiguen. Al mismo tiempo se pondría énfasis en los diferentes tipos de valores que influyen en el agente de las decisiones y en las características del medio en el que se realiza la decisión.²

A través de la literatura o de la filosofía se llega una y otra vez al que se puede considerar como uno de los temas característicos de nuestro tiempo: todo proceso de razonamiento y toma de decisiones en condiciones de incertidumbre exige un ejercicio cuidadoso de selección de la información que se maneja. Tan importantes son, a la hora de hacer una predicción, los conocimientos que se analizan como los que se desechan y los que se renuncia a buscar. Muchas veces el acierto reside en la separación adecuada de los datos que nos pueden iluminar y los que sólo nos pueden deslumbrar. Ya advirtió, en célebres versos, T. S. Eliot, que se puede destruir la sabiduría a causa del conocimiento, como se puede destruir el conocimiento a causa de la información.

NOTAS

¹ Carmen Riera C. *La mitad del alma*. Madrid: Alfaguara, 2005.

² J. F. Álvarez, JF. *El tejido de la racionalidad acotada y expresiva*. Manuscrito, 2002; XXV(2):11-29.

[Número monográfico editado por Michael B. Wrigley: *Dialogue, Language, Rationality: A Festschrift for Marcelo Dasca*. Campinas: State University of Campinas].

